



## MESA REDONDA

---

### **TOMEMONOS MAS EN SERIO A NOSOTROS MISMOS**

**Sin ánimo hagiográfico alguno, sin buscar la canonización de Mounier, sin pretender convertirle en un santón, queremos en esta mesa redonda algunos miembros del Instituto Emmanuel Mounier examinar sinceramente la posible actualidad o inactualidad del pensamiento personalista y comunitario; tal será, en todo caso, la mejor forma de celebrar la fecha conmemorativa que nos convoca hoy: El cuarenta aniversario de la muerte de Emmanuel Mounier.**

#### **I. PUNTO DE PARTIDA: ¿ES MAS DIFICIL PENSAR Y VIVIR HOY EL PERSONALISMO QUE EN TIEMPO DE MOUNIER?**

**P**odríamos empezar al respecto mencionando, aunque sólo sea para iniciar la conversación, algunas cuestiones; por ejemplo las siguientes: A la vista de la marcha del mundo tal y como está (o tal y como esté, digámoslo así para no dar por descrito aprioricamente ningún estado de cosas) ¿cabría pronosticar un futuro donde puedan aún conservarse algunos rasgos del hombre nuevo por el que trabajó el personalismo? ¿tendríamos que decir que la memoria histórica personalista se ha perdido? ¿o existen incluso más motivos de esperanza para su posible realización venidera?

Digamos para introducir al debate, y sin ánimo de prejuzgar nada, que al menos aparentemente parece que la cosa no marcha demasiado bien para la causa del hombre en un mundo gravísimamente deteriorado por la destrucción de la naturaleza (¿recuperable?), azotado por una disimetría clarísima donde las tres cuartas partes de la humanidad pasan hambre y muchos miles

de niños parecen cada día por desnutrición y enfermedades evitables, terriblemente afectado por pandemias infectocontagiosas como el Sida, dramáticamente golpeado por la droga, consumido por un derroche consumístico presidido por la voracidad y la insolidaridad, inculturado por una cultura posmoderna de fragmento efímero y de nihilismo epicúreo, todo ello agravado en el otro campo por la caída de la esperanza que sostenía a gran parte de la humanidad, el comunismo, etc. Aun sin ánimo apocalíptico, incluso sin leer esta historia desde la perspectiva del sufrimiento del inocente preguntamos: ¿Hay muchas posibilidades para el personalismo hoy? ¿acaso no es más difícil el personalismo en 1990 que en 1950? ¿o es que tal vez nos parecen mayores nuestras dificultades simple y llanamente no porque lo sean, sino porque son nuestras?

**TEÓFILO PÉREZ REY:** Ciertamente en la actualidad el movimiento obrero que en la época de Mounier era la vanguardia (marxista, de raíz proudoniana, etc.) ha cambiado. Pese a todo la realidad es muy compleja, porque si aún queda hoy alguna nostalgia por la existencia de las viejas actitudes militantes en una izquierda más o menos concretada es en el movimiento obrero, a pesar de la introducción de las nuevas tecnologías y de los cambios en el modo de producción, que hablan como de un final de ese mundo.

Por otra parte ¿qué humanismo había en el viejo movimiento obrero? Lo había, ciertamente; pero los Estados se han venido sirviendo precisamente de los valores humanistas habidos dentro de ese movimiento obrero, y a la vez, indirectamente, de la cultura cristiana que latía precisamente en ese movimiento obrero...

**JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ:** Yo quisiera, en todo caso, comenzar contándoos cuáles han sido mis contactos con el pensamiento de Emmanuel Mounier, por dónde me llegó una gran sintonía con su pensamiento, aunque de modo tardío. Inicialmente mi trabajo en Filosofía del Derecho, mi preparación a la Cátedra incluso, tomó más bien contacto con Maritain y con lo que éste significó antes de nuestra Guerra Civil. Y después de ella hice mi tesis doctoral sobre una corriente francesa del pensamiento filosófico-jurídico que estaba muy próximo al personalismo comunitario: La concepción institucional del derecho, la teoría de Horiou sobre la institución, muy recogida por algunos dominicos, que trataba de superar la concepción capitalista-individualista del derecho hacia una posición que no fuera la del colectivismo-estatismo, sino la del personalismo comunitario. Esto me hizo ir conociendo cada vez más a Mounier.

Por otra parte está mi contacto, antes de la Guerra muy cordial y estrecho, con Manuel Jiménez Fernández, que también fue un lector no sólo de Maritain sino de Emmanuel Mounier, y quiso reflejarlo de alguna forma al crear ya después de la Guerra la Izquierda Democrática Cristiana, precisamente porque quería recalcar la dimensión más social y socializante, teniendo contactos fuera de nuestras fronteras con las otras fuerzas democráticas de la oposición, entre ellas con los socialistas de varios países. Este fue un segundo aspecto ya más concreto y más práctico.

Pero la adopción nuestra, ya mucho más democrática, vino a partir de los

años cincuenta y tantos, sesenta, en el ambiente del Concilio, dándome cuenta de las posibilidades que tenía el pensamiento de Mounier y el personalismo comunitario para una visión distinta de los cristianos en la vida política. En eso Emmanuel marcaba una posición enorme, y esto me lo confirmó la actitud vital y el pensamiento de una persona por la cual yo tenía un cariño extraordinario: Alfonso Comín. Realmente Alfonso Comín era mounierista, quizá desbordando a Mounier en algunas de sus posiciones pragmáticas, pues Alfonso decía: Soy un militante comunista y al mismo tiempo un hombre fiel al espíritu del Evangelio y de la Iglesia. Prueba de ello es que impulsó mucho la traducción de las Obras de Mounier al castellano. Él era un hombre que luchaba en esas líneas, hacia un socialismo de rostro humano impregnado de los valores del Evangelio.

Y dejando ya esta mínima referencia autobiográfica he seguido leyendo a Emmanuel Mounier, tengo sus Obras Completas, habiéndome resultado muchas veces extraordinariamente importantes sus libros, por ejemplo el Manifiesto al Servicio del Personalismo; incluso en la Universidad Menéndez y Pelayo, en un ciclo sobre Maritain, le dedicamos gran importancia a las relaciones con Mounier, que avanzó sobre Maritain mucho en esa línea — y creo que es lo definitorio de Mounier: El tratar de armonizar los valores de la libertad que él defendió siempre (ligados al concepto de persona, de la dignidad de la persona, de los derechos básicos y fundamentales de la persona) con los valores de igualdad y de solidaridad.

Más de una vez he dicho, y sobre todo desde que estoy ligado a Unicef, que el reto de nuestro siglo y del año dos mil es llegar a una conjugación verdadera en el orden social y en el político entre los dos valores que se han ido enfrentando a lo largo de casi cien años, los valores de la libertad —entendidos a mi juicio de una manera reductiva e individualista por parte de los juristas y políticos del liberalismo clásico y ahora del neoliberalismo de la Escuela de Chicago, tratando de ser impuesto de una manera hegemónica y poco democrática desde los Estados Unidos, por ejemplo respecto a los países de Latinoamérica— y esos valores de libertad en el sentido comunitario de la igualdad y de la solidaridad humana. A mí me parece que este es el gran reto de este final de siglo, un reto que quien mejor —y casi únicamente en este momento— podría enarbolarlo con toda autenticidad serían los cristianos: es decir, en un momento en que parece que quiebran los valores de la igualdad y de la solidaridad —aunque yo tengo sobre eso una idea muy distinta a la usual, pues por el hecho de que hayan caído las estructuras estatales e incluso económicas del llamado socialismo real, del comunismo de signo marxista-leninista-estaliniano, no creo que por eso hayan muerto los ideales básicos de una solidaridad humana; querer imponer o querer que triunfen ahora en los países de la Europa oriental el neoliberalismo de mercado libre me parece sencillamente demencial— yo creo que deberíamos continuar defendiendo esos valores de igualdad y solidaridad armonizándolos con los valores de la libertad.

Y en ese aspecto a mí me parece que hay una posibilidad del resurgir del mounierismo (aunque no debemos hablar de «ismos»), de lo más válido y lo

más profundo del pensamiento de Emmanuel Mounier, que era precisamente esto: Un concepto de la persona individual abierto a la comunidad, y un concepto de la comunidad abierto a cada una de las personas individuales. Esto me parece que es válido, en vez de repetir otras fórmulas, como las de Jacques Maritain, que se han quedado ya un poco anacrónicas, si cabe hablar así, mientras que el pensamiento de Mounier tiene una vitalidad y una lozanidad que puede ser muy fecunda.

Yo entiendo que, por ejemplo, en las primeras elecciones que se han realizado ahora en el Este sean los partidos demócrata-cristianos casi del corte de la democracia cristiana de la Alemania occidental los que vayan ganando las elecciones, pero eso es un fenómeno puramente de rechazo a lo que han sido las estructuras del llamado socialismo real. A mí me parece que tienen que surgir nuevas tendencias, nuevas corrientes, nuevos movimientos que salven todo lo que hay de válido a mi juicio en el pensamiento socialista, incluso en el pensamiento marxista. Y el personalismo comunitario, con los nombres que se le quieran dar, en este momento del mundo es una respuesta válida para encontrar una solución que no sea la del neoliberalismo (que no le va nada a los países del Este como tampoco le va nada a los países de Latinoamérica. La teología de la liberación si es una cierta respuesta personalista y comunitaria).

Ante eso se abre una posibilidad, y muy importante, para el pensamiento personalista y comunitario, o para el pensamiento de un socialismo que sea realmente asuntivo al mismo tiempo que de los valores de la libertad, de los valores de la justicia igualitaria y solidaria.

Esa es mi posición, y será bueno todo lo que haga el Instituto Emmanuel Mounier para que se conozca mejor en España. El pensamiento de Mounier no se conoce en España, salvo en ciertos ambientes. Predomina más la idea de que Mounier es algo así como un Jacques Maritain un poco más avanzado, cuando no es eso, cuando es mucho más a mi entender, teniendo mucho más vigencia su pensamiento, su vida y su obra.

CARLOS DÍAZ: Ante lo dicho, me surgen un par de preguntas, Joaquín: ¿Ves tú algún agente histórico fáctico (político, social) con nombres y apellidos, realmente existente en España, que quiera hacerse cargo de este proyecto — consistente en el sumiso «ser mounierista» — en orden a conjugar aquello de que tú has hablado? Por otra parte ¿No te parece un poco sarcástico o irónico que sea el personalismo — y no el mismo marxismo, presto a saldar escandalosamente sus mejores y más propias convicciones — el que precisamente tenga que salvar lo aún vigente, lo esencial de un marxismo que siempre atacó al personalismo y a Mounier con crueldad acusándoles de antimarxistas, etc.?

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ: Para responder a la primera de tus preguntas, Carlos, diré que no veo la persona humana, con nombres y apellidos, en que encarne ese impulso; lo hubiera sido Alfonso Comín entre los hombres políticos, entre los que han estado en la vida política, si estuviera viviendo ahora, aunque tal afirmación es un futurible y por tanto no se puede saber.

Tampoco veo que encarne la voluntad personalista ninguno de los actuales partidos políticos en el escenario en liza, ni siquiera los que se autodenomi-

nan demócrata-cristianos, que entre otras cosas han desaparecido como tales de la escena política. Quizá el CDS añoraría poder ser el que recogiera todo esto, a lo mejor habría que decirle: «Ya no hablen ustedes tanto de la internacional liberal». No hay ningún grupo político que encarne el personalismo. Y yo sé que es muy difícil generar un grupo político nuevo.

Es muy difícil. Yo no digo, en todo caso, que no vaya a surgir; a lo mejor no surge desde el lado occidental pero sí desde el lado oriental. Porque lo que está en el ambiente es la necesidad de que surgiera una bandera en ese sentido, una posibilidad en ese sentido, incluso hasta posiblemente no en la forma de un partido político con aspiración a tomar el poder, sino de actuar como un acicate, como un catalizador en el orden político que asuma esos tres valores, en el fondo los tres valores de la revolución francesa, sólo que puestos en vigor los tres, y no sólo uno, el de la libertad.

Y esto está por hacer, hay muchas posibilidades, pero tienen que ser los jóvenes los que se lancen por ese camino.

Y esto enlazaría con la segunda pregunta. Tienes razón: ¿Por qué nosotros los cristianos tenemos que ser quienes salvemos lo que hay de válido en el pensamiento marxista — y para mí lo hay en el orden metodológico, en cuanto estudio de los movimientos económicos, del peso de las infraestructuras sobre las superestructuras, y en el práctico, aunque no por ejemplo en la dictadura del proletariado, etc.—? Lo que pasa es que a la inversa también es verdad, como decía Alfonso Comín, lo diría el Padre Llanos pues ellos han creído que el marxismo recogía mucho del cristianismo.

## II. AL MENOS, LA CRUZADA CONTRA LOS MITOS

LUIS CAPILLA: Yo honestamente creo que no está en el ambiente esto; creo más bien que el ambiente está contra esto. Me refiero al sistema de valores, a las costumbres, a las modas, a los ideales de la gente. Yo por ejemplo hace muy poco tiempo le preguntaba a cien muchachos de Formación Profesional qué deseaban en la vida, y me respondían que ganar mucho dinero.

Lo que pasa es que precisamente por eso el personalismo tiene como tarea el luchar contra los mitos, como decía Mounier. Y hay muchos mitos hoy entre nosotros. Por poner un ejemplo muy claro, el del Rey, que hoy día es un mito. El Rey de Bélgica ha demostrado que es más personalista que el nuestro. El nuestro se está haciendo un yate de mil millones de pesetas, y nadie dice absolutamente nada en relación con el tema. Pero yo entiendo que un Rey de España que se hace un yate de mil millones de pesetas es Rey de todos los españoles menos de los pobres; de todos no, sólo de unos cuantos, precisamente de aquéllos que están pensando: «Si yo pudiera me haría un yate».

Otro mito, por ejemplo, es el de Mario Conde. Aún no se ha escrito un artículo que diga: «Mario Conde, ¿un ladrón?» No se ha explicado en cuánto tiempo ha hecho la cantidad de miles de millones que tiene. Y desde luego según los Santos Padres así habría que llamarle a Mario Conde, que además hoy día es un ideal para la gente joven.

— Pero, por venir al campo nuestro, hoy día hay un mito en lo religioso: El mito Ellacuría. Ellacuría para mí es un mártir, y ya no le hace falta más. Pero convertirlo en mito, eso tampoco es bueno. Porque una de las cosas que hace el discurso religioso entiendo que es desmitificar. Y desde luego él en relación con el tema de la violencia ha tenido que decir que se equivocó. A mí me parece mucho más honesto que si un ideólogo cree que debe ir a las guerrillas, se marche; pero que no arrastre a gente que todavía no tiene bien planteado lo ideológico. Y aquí por una razón muy mounierista: Porque la persona es justamente lo que no puede ser utilizado.

**JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ:** Hombre a mí me parece que no se puede comparar a Ellacuría y al Rey, con todos los respetos para el Rey. Estoy de acuerdo en que no se debe divinizar a nadie, no creo siquiera que se le ocurra a alguien iniciar un proceso de beatificación (a mí me preocupa esta tendencia que hay hoy en Roma de intentar canonizar a todos los mártires de nuestra guerra; entonces habría que canonizar también a los que nosotros matamos).

Pero para mí Ellacuría es un hombre tan metido en la batalla, es una figura extraordinaria, al contrario, le están denigrando (no sólo ha habido críticas como las de Ricardo de la Cierva, también Martín Descalzo, etc.).

— ¿Y el Rey? Yo esto del yate no lo había oído hasta ahora. Me parece mal que se gasten mil millones, pero voy a decir una cosa un poco en broma y en serio: Al Rey le estamos quitando todos los placeres humanos y sólo le dejamos el de que navegue y haga regatas; se le vigila tanto, no puede hacer nada de lo que hacen los demás hombres de su edad...

En todo caso estoy de acuerdo en que una actitud verdaderamente personalista debe estar en contra de todos los mitos, sea El Rey, Mario Conde, o Ellacuría.

Pero yo quería volver sobre el principio de tu intervención donde te quejas del ambiente, de los valores. Recorriendo ahora España con Unicef me encuentro con gente extraordinariamente generosa de distintas edades. En España hay actualmente 130.000 socios de Unicef que cotizan lo que pueden, doscientas, trescientas pesetas al mes, pero con esto conseguimos financiar programas para poder vacunar a los niños de Bolivia o de Mozambique, y a esto la gente responde porque son todos voluntarios.

Yo estoy indignado con las cosas que pasan en los Estados Unidos, como con la pena de muerte o con la actitud respecto a Nicaragua. Pero no podemos identificar a los Estados Unidos por eso o por las películas de Dallas o Falcon Crest. Yo creo que asimismo hay una imagen falsificada de la sociedad española, en parte debida a las revistas del corazón. Una cosa es que se haga crítica (la crítica debe hacerse), pero otra cosa es la sistemática difamación o la sistemática desfiguración, extrapolación, magnificación, de los defectos de unos cuantos sectores de una clase social. Pero eso no es el pueblo español. Yo creo que en el pueblo español hay todavía valores profundos, y en las gentes jóvenes hay valores profundos al lado de contrastes terribles.

A mí me parece que no hay que adoptar una actitud de desaliento o de de-

sesperanza, porque jamás la tuvo Mounier, y fíjate que a Mounier le tocaron situaciones tremendas en aquel momento: Estaba la Francia ocupada, triunfando los Estados totalitarios, todavía la Guerra, etc., y él no dudó de que había un camino hacia el futuro. Y esto es lo que yo quisiera: Que luchemos por esa posibilidad de recuperar valores y de armonizarlos: No sólo los valores de la libertad (falsamente dirigida hoy hacia el consumismo, la explotación, etc.) sino también los de la comunitariedad. Una libertad que no sea comunitaria ya no es verdadera libertad, porque entonces no es universalizable, y Kant ya lo dijo: Los principios éticos deben ser tomados, elegidos como norma universal de conducta, y el individualismo no lleva a ese disfrute total de la libertad de todos los sectores sociales.

Quizá yo sea utópico, quizá yo sea ingenuo, desde luego ya me dieron bastantes palizas con lo de Izquierda Democrática: Nosotros proponíamos en el año 1977 un Estado Federal, éramos más izquierdistas que el PSOE, propugnábamos la nacionalización de la Banca y de las principales industrias, etc. Así que nos dieron todas, porque no se puede caer en esa ingenuidad.

Pero yo propongo pese a todo que ese movimiento que el Instituto Mounier lance inspire y sirva de acicate a los demás partidos políticos, no hace falta que se transforme — ni sería posible — en un partido político, lo que es prácticamente irrealizable porque se precisan unos medios económicos, unas estructuras, y que queden espacios electorales, cada vez menos existentes. Pero que exista una voz constante, aunque clame aparentemente en el desierto, y creo que esta es una tarea muy hermosa de los que estáis (y estamos, porque yo también estoy) en el Instituto Mounier. Lo que pasa es que ahora no podemos hacer más que eso, clamar, clamar y clamar.

### III. ETICA Y POLITICA

**JUAN RAMÓN CALO:** Yo le haría una pregunta. Dice Mounier: «Un movimiento político nuevo corre el riesgo de desviación hoy si no cuenta con la adhesión del pueblo auténtico, el de los oprimidos». Pues bien, le pregunto si el fracaso del movimiento que encabezó no estaría un poco en esa línea.

**JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ:** Es que creo que era demasiado pronto. Pedir un Estado Federal para España en 1976, cuando estábamos todavía metidos en el caparazón de un Estado centralista unitario es un salto mortal sin red. Por eso a Suárez y a los demás se les ocurrió la fórmula intermedia del Estado de las Autonomías que era un café descafeinado, y de ahí las dificultades que han ido surgiendo luego.

Pero además Izquierda Democrática iba en el equipo de la Democracia Cristiana, donde había cinco partidos, entre los cuales uno, el de don José María Gil Robles, era mucho más de centro derecha, resultando contradictorio que nosotros hiciésemos unas propuestas absolutamente más radicales en el orden socioeconómico que las que hacía ya entonces el PSOE en su programa electoral. Eso no era inteligencia política, porque ahí nos faltó inteligencia política; nos dejamos llevar de un latido, de un palpito, el de que era necesario

cambiar y cambiar mucho más radicalmente, no bastando llegar a la democracia de libertades sino que había que avanzar hacia una democracia socialmente mucho más trabada, mucho más comunitaria.

Y esto creo que sigue valiendo: el hecho de que fracasara aquello no quiere decir nada, habría que volver a intentarlo, los que tengan edad para hacerlo.

TEÓFILO PÉREZ REY: Se me ocurre, respecto de lo que dice la sabiduría muy atinada de Joaquín, cada vez aumentada por la experiencia, volver a eso de «salvar lo esencial de marxismo». De hecho los socialismos fácticamente vigentes en los Estados lo que han hecho ha sido tomar toda una serie de valores existentes en la sociedad (en concreto en el movimiento obrero). De lo que se trata, pues, no es de salvar lo esencial del marxismo, sino lo esencial permanente de la especie.

Por otra parte, es cierto el ambiente que relata Luis Capilla. Todo el mundo aspira a vivir mejor, y lo que hace falta es que aspire con la misma fuerza a que vivan mejor todos los demás...

LUIS CAPILLA: ¿Mejor todavía?

TEÓFILO PÉREZ REY: Por otra parte, sin embargo, dando conferencias entre grupos diversos he constatado que tendencias como las aquí expresadas por nosotros tuvieran más público y más participativo que el que tienen las centrales sindicales en el poder.

CARLOS DÍAZ: Me gustaría preguntaros a los más experimentados: Si volviérais a comenzar la vida ¿volveríais a apelar a estos principios aludidos del personalismo comunitario? Y después: ¿Os sentís más o menos solos que ayer, por permanecer fieles a dichos principios? ¿o sería falso decir que hoy ha crecido la desertización impersonalista, debiendo por el contrario afirmarse que existe incluso más gente que ayer dispuesta a trabajar por el hombre fin en sí, por el ser más que por el tener, etc.?

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ: Por desgracia es posible que si volviera a vivir cometiera los mismos errores, porque el hombre es, como dijo Voltaire, el único animal que tropieza dos veces sobre la misma piedra. Pero algo me habría enseñado la experiencia en la política (y si es cristiano las pasará moradas porque es muy difícil conjugar el verdadero espíritu cristiano evangélico con el traumatismo de la política, que es el ejercicio del poder, y éste de alguna manera —y en ello me siento muy cerca de las posiciones anarquistas— frena muchísimo los ideales). Es posible entonces que con más experiencia no hubiéramos dado saltos de gigante sin red.

Respecto a lo de sentirse solo, es verdad. Y lo tristísimo es que gentes que estuvimos dialogando y de acuerdo en las grandes líneas de lo que había que hacer en España estemos enfrentados radicalmente por cosas que son accesorias respecto de los grandes problemas fundamentales. Me parece que se han perdido lugares de encuentro, por eso creo muy buena la idea del Instituto Mounier, que podría ser un lugar de encuentro más amplio. Tuvimos lugares de encuentro como fueron «Cuadernos para el Diálogo» o como luego fueron en el orden político la Plataforma de Convergencia Democrática, la Plata-

junta famosa, etc. Hubo lugares de encuentro, y allí se sentía uno mucho más solidario, incluso con personas antagónicamente ideológicas, aunque éramos capaces de avanzar juntos. Y hoy se siente uno muchísimo más cuadrado, compartimentado, de tal modo que en cuanto alguno se sale un poco del partido político ya es el disidente, el no conformista, el peligroso, y se le expulsa. Esto me parece absolutamente demencial.

También influye en este sentirse solo el efecto de los mass media (televisión, cine, etc.) donde hay un afán de consumismo y de cada uno subir como pueda trepando si es necesario. El tráfico de influencias, por ejemplo. Debe luchar contra él, pero el que esté libre de tráfico de influencias que arroje la primera piedra, porque todo el mundo lo hace, desde recomendar a alguien que gane una cátedra hasta obtener una comisión. Felizmente aunque este sea el ambiente no es el de todos los grupos sociales. Vosotros los jóvenes tenéis la tarea ante vosotros.

#### IV. EL PROBLEMA DEL MAL: ¿OPTIMISMO, PESIMISMO?

CHEMA VEGAS: Me gustaría retomar esta cuestión de los males de nuestro tiempo para ver cómo leerlos y qué actitud adoptar ante ellos.

Creo que los males de una época siempre son para esa época los peores de todos los males; no hay ninguna cultura que considere que sus propios males son más soportables que los de otras, entre otras razones porque esa cultura, sociedad o época, es la que los padece. Ello puede llevar a una tentación excesivamente pesimista, que dice en todas las épocas: «En estos tiempos calamitosos en que nos ha tocado vivir...»

De todas maneras, ese pesimismo como tentación procede ante todo de una conciencia de valor, es decir, del contraste fuerte en la percepción de lo que hay frente a lo que debiera haber, siendo por tanto la suya una conciencia de valor que subraya lo carencial —y quizá por aquí pueda andar el personalismo—. Mientras tanto, el optimismo suele fijarse más bien que en los valores carenciales en los bienes existentes. Suele esta actitud ser patrimonio de los optimistas, de los instalados y favorecidos por la fortuna o por su propia astucia, mientras que suelen ser (o pueden serlo y ese es su peligro) pesimistas los profetas, los comprometidos, los ascetas, etc. Creo que el personalismo pertenece a este segundo grupo, y por eso corre el riesgo de un cierto catastrofismo cuando lee en la propia contemporaneidad solamente los males que lesionan la realidad valiosa de la persona, pudiendo velar así una veta fecunda del personalismo.

Creo que los signos de negación de lo valioso personal están efectivamente ahí, pero de todas maneras el personalismo para ser fecundo en mi opinión debe tener una conciencia realista de que al responder a estratos profundos de la realidad o de la experiencia humana, que en mi opinión no son objetos de experimentación inmediata, al apelar a una profundidad humana, religiosa incluso, está reclamando un ejercicio difícil que nunca va a tener respuestas masivas. Por decirlo de una manera muy elemental, el personalismo empuja a

ir hacia arriba cuando muchas cosas de nuestra sociedad empujan a ir hacia abajo, al facilismo.

No obstante esta actitud, aunque no obtenga respuestas masivas, es necesaria y beneficiosa para la sociedad; toda la sociedad se beneficia de esta posición, aunque la sociedad no se convierta directamente en una sociedad personalista y comunitaria.

Pero en segundo lugar, para evitar la conversión del personalismo en pesimismo catastrofista, hay que saber ver la otra dimensión de las cosas a que ha aludido de alguna forma Joaquín, es decir, al hecho de que nuestra tradición occidental tiene muchas cosas que apuntan al personalismo. Yo creo que los valores descubiertos en Grecia, la experiencia cristiana, incluso en la Ilustración, apuntan en esa línea, y que esa presencia difusamente personalista está viva por todas partes.

Y una de las tareas fundamentales del personalismo debería ser la de tirar de esos hilos, rescatar esa veta, esos indicios relativos al valor de lo humano, indicios que todo el mundo reconoce (por ejemplo: que el hombre no es un mero animal; incluso quienes lo defienden viven en su convicción práctica como si eso no fuera cierto), aunque no los interprete suficientemente bien, ni sea una realidad suficientemente activa en la cultura. El personalismo debe reconocer estos destellos y hacer ver la incoherencia que supone tenerlos y no vivir conforme con ellos.

Para concluir, creo que entre el pesimismo total y el optimismo irresponsable que considera que vamos ininterrumpidamente hacia mejor identificado con la modernidad, frente a esas dos suposiciones equidistantemente, el personalismo, nosotros, debemos tratar de asumir de una manera muy consciente una posición de optimismo trágico que por un lado no desespera del hombre ni del valor que representa, realidad gratuita que está ahí aunque no seamos dignos de ella o vivamos no conforme a esa dignidad, pero es al mismo tiempo consciente de que existen muchas desviaciones y debilidades que yo creo que van a existir siempre, nos van a acompañar hasta el final de la historia.

Esto supone una actitud que es denunciadora y combativa, que se sabe depositaria de una tarea, pero que al mismo tiempo es reconciliada, es serena; que sabe que existe mucha infelicidad en el mundo, pero no se la niega a sí mismo, porque trata de vivir de una manera no esquizofrénica, no rechazando todo lo que hay; que aunque no triunfe nunca del todo siempre será necesaria (esto que digo del personalismo lo digo también del cristianismo), una tarea más de siembra que de transformación inmediata: Nosotros debemos sembrar sobre todo, luego el cómo concreto habrá de analizarse.

Y esto implica renunciar a los mesianismos apocalípticos o sectarios, sabiéndonos solidarios con un mundo que es el nuestro, en el que hay mucho bueno por rescatar y mucho malo de lo que también participamos.

JUAN RAMÓN CALO: Yo, asumiendo esta distinción que haces entre optimismo y pesimismo, y defendiendo ese optimismo trágico, lo que pienso es que la descripción de lo que hay para mí es más bien negativa; yo destellos sa-

ludables vería menos, y en ese sentido me acercaría más a lo que ha dicho Luis Capilla.

Para mi Mounier fue en principio una exigencia personal, se me exigía una cierta conversión, por lo menos yo así lo viví, una cierta conversión que conllevaba una posición moral de conversión personal y una exigencia de transformación social: Solamente cabía la posibilidad de transformarse si los otros se transformaban con uno, y uno estaba vinculado con los otros. En este sentido me parecía que las distintas interpretaciones del personalismo (la libertaria y la marxista) tenían algo en común, a saber, que en Mounier se daba el enfrentamiento a una civilización que se definía por el tipo de hombre que estaba creando, un hombre que se definía por el espíritu burgués, un hombre del que Mounier escribía: «El dinero ha corrompido todas las virtudes, se propaga entre las masas su mística del confort, se ha perdido el sentido del ser, se ha olvidado el sentido del otro».

En tal dirección a mí me parece que esta sociedad en la que vivimos ya ha claudicado, como han claudicado las tendencias marxistas que asumían y compartían la mística común de la construcción de un tipo de hombre no burgués. Esto ha desaparecido por completo hoy, y para hoy valen esas afirmaciones de Péguy: «Mística republicana habla antes, cuando se daba la vida por la República; política republicana la hay ahora, cuando se vive de ella». Tal me parece la descripción de hoy. Se vive de la política, los hombres nombran valores, pero no viven de acuerdo con esos valores, hablan de libertad pero no tienen interiorizada esa libertad, hablan de solidaridad, pero el otro ha sido perdido en el camino, el otro es alguien a quien si acaso se le puede echar una mano. En ese sentido coincido completamente con lo que decía antes Luis Capilla, y en lo único en que discreparía es en lo relativo al «mito Ellacuría». Para mí en Ellacuría, aunque no debemos divinizar a nadie, debe reconocérsele el extraordinario valor de todo hombre, y sobre todo el extraordinario valor de algunos hombres que han sido modelo y testimonio, que son testigos y ejemplo, por lo menos para mí.

CHEMA VEGAS: Quisiera simplemente aludir a esta lectura, por decirlo así, más pesimista que tú has hecho, porque cuando se hacen estas alusiones se dice: «Se ha perdido el rostro del hombre, se ha perdido el ser en favor del tener», etc., y yo quisiera saber cuándo se ha tenido eso, cuándo se ha dado el paso de una situación óptima, o al menos mejor, a una situación degradada.

Por eso decía yo que toda época se tiene a sí misma por más calamitosa que la anterior. Probablemente el tiempo anterior tenía cosas mejores y cosas peores, pues todos los tiempos tienen sus ambigüedades. Por eso considero que el mesianismo no es aconsejable, porque puede llevar a la amargura, y que en todo caso el ansia de transformación ha de ser postulada como una tarea cibernética, no sé cómo decirlo. Estamos todos en función de todo y de todos. Lo que nosotros estamos haciendo es muy necesario, posiblemente nunca vamos a conseguir que todo el mundo esté de acuerdo con nosotros o se convierta a nuestra causa, a lo que nosotros queremos, sin embargo todos se van a beneficiar de lo que estamos propugnando, lo cual no quiere decir que no tengamos que procurar extender no sólo nuestro modo de pensar, que por otro lado es

muy amplio, pues creo que en el seno del personalismo hay muchas posiciones que deberían ser dialogadas, sino también de actuar, tratando de extender, pongamos por caso, un modo de propiedad comunitario, o formas de organización económica cooperativistas, eliminar un poco la obsesión por la política nacional e incentivar la política local, que es donde se puede participar realmente, etc., todo ese tipo de cosas al que no creo que haya que renunciar en absoluto.

Todo ello sin olvidar que los males que nos aquejan (esa superficialidad en el tono existencial, a falta de una vivencia profunda de lo real) tienen raíces que son algo permanentes en la vida humana frente a los que hace falta la conversión. A lo mejor en ese sentido el más pesimista soy yo porque considero que una transformación total y radical nunca se va a dar del todo (yo soy cristiano y creo que existe el pecado), pero al mismo tiempo soy menos pesimista porque no creo que vayamos como hacia peor y que esta época sea peor que las anteriores. Es distinta, tiene males específicos, algunos de los cuales son mucho mayores, pero también existen exigencias mejores en la vida política, económica, jurídica, antes inexistentes: Seguridad social, sensibilidad contra la pena de muerte, que, aun existiendo en muchos países, hace un siglo todos la aceptaban, etc.

## V. ¿EFICACIA O INEFICACIA DEL PERSONALISMO?

JOSÉ MANUEL ALONSO: Yo quería tener una intervención muy breve y un poco interrogativa, en línea con mi escasez de experiencia y también de conocimientos respecto al personalismo. He oído hablar aquí a Joaquín y a alguno de vosotros de la virtud o del carácter profético del personalismo, de su especial agudeza para descubrir antivalores o formas de vida con las que no está de acuerdo por ser indignas de la persona, y también se ha hablado de que una misión del Instituto Mounier o de movimientos de esta inspiración podría ser ya no tanto una labor directamente política, sino una misión de acicate, de lugar de encuentro, de llamada de atención.

A mí me preocupa un poco eso que me parece ver en la historia del personalismo, y es saber si se puede pasar de esto, si la inoperancia política del personalismo se debe a no haber avanzado en el encuentro de medios políticos de acción que sean realmente compatibles con las exigencias de la dignidad humana y de la persona, o si es acaso que una postura ética o global como la que defiende el personalismo se sitúa más bien en lo que Max Weber llamaría una «ética de la convicción», a la que resulta difícil incidir en la vida de los hombres. Es una cuestión que me preocupa.

CARLOS DÍAZ: Creo, por responder a esta pregunta, que con el personalismo ocurre lo mismo que con el cristianismo. No todos los cristianos están de acuerdo con la misma praxis política, puede haber cristianos más de derechas o de izquierdas, por decirlo así, pero aun cuando militen en diversos partidos han de tener un mismo espíritu, de lo contrario no serían cristianos. Tú recordarás la «Epístola a Diogneto», donde se dice que los cristianos no se distin-

guen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres, porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás, ni siquiera profesan como otros una enseñanza humana, sino que habitando ciudades griegas o bárbaras según la suerte que a cada uno le cupo y adaptándose en comida y vestido y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país habitan sus propias patrias, pero como forasteros, pues toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña, a todos aman y de todos son perseguidos, carecen de todo y abundan en todo, etc. Y yo añado: Además no dan culto al César, con todo lo que esto significa, es decir, no dan culto al dinero, a Mammon, a los ídolos, a la inercia, a la superficialidad cortesana, etc. Por lo demás, viven todo de forma cariñosa, se quieren, se desprenden de sus bienes y los comunican, aunque lo hagan imperfectamente.

Idénticamente pasaría en el supuesto meliorativo de que el personalismo tratara de establecerse políticamente. No hay un partido único donde todos los personalistas tengan que ir, y ese sería —si así prefieres llamarle— su fracaso o inoperancia. Pero yo no los veo como tales, sino como su riqueza y su operatividad por ser fermento o salazón de las perspectivas que tengan a la persona como fin en sí mismo, al ser por encima del tener como primado, al nosotros como horizonte del yo, a la esperanza de un futuro en creatividad, así como a la convicción de que el hombre tiene valor y no precio. Me parece sinceramente que si esto fuera inoperante sería por no ser verdadero, pero si es operante lo puede ser y de muy diversos modos allí donde se encuentre. Lo cual no obsta para que los personalistas traten de agruparse.

## VI. PATERNIDAD, FRATERNIDAD, IGUALDAD, LIBERTAD

EMILIO ANDREU: A mí me ha gustado algo que ha dicho Teófilo, y es que todas las campañas políticas se pronuncian en nombre de los ciudadanos en cuanto personas (recuerdo que las últimas palabras del cierre de campaña de Izquierda Unida por boca de Julio Anguita fueron estas: «Porque la persona es lo principal del universo»). Lo que ocurre es que estamos en una especie de despotismo del tipo «todo para la persona pero sin la persona», por un lado; y por otro, se olvida lo personal hasta el punto de discutirse no sobre la persona como trasfondo, sino sobre programas, como si fuésemos meras máquinas.

De ahí que de ese triple fondo de valores que son libertad, igualdad y fraternidad, este último quede obviado por todo el mundo. Parece que hay una alergia para hablar de fraternidad, quizá sea debido a la falta de cultura de España donde hablar de persona y de fraternidad suena a vergonzante, cuando es uno de los valores humanos más fundantes asumido desde la gratuidad de un Dios padre que nos insta a la reconciliación fraterna amorosa, porque ser hermano consiste en responder —como escribió José María González Ruiz hace muchos años— a la pregunta divina de la fe, a saber, «dónde está tu hermano» (respuesta a la que todos nos hurtamos), y dista muchísimo de ser algo carpetovetónico, carca, o ultramontano.

Y, como ha dicho Luis Capilla antes, nuestros hermanos son los enfermos, los minusválidos, los que están fuera del redil, los que no participan de los beneficios económicos de esta gran cultura que da culto a Mammon, en concreto en una España que está saliendo de una crisis económica y que a mi particularmente me recuerda a los felices años veinte posteriores a la Primera Guerra Mundial, aunque yo no quiero con esto decir que vayamos hacia una Tercera, sino que me recuerda al horizonte belicista que hay siempre en periodo interbético entre depresión y bonanza, con el miedo a perder el estatus, si es que de alguna manera lo hemos conseguido.

CHEMA VEGAS: Yo quisiera aludir brevemente a esto que acabas de decir de la fraternidad, porque creo realmente que es un tema capital. En el número de «Acontecimiento» dedicado a la Revolución Francesa decíamos que la síntesis de que habla Joaquín entre libertad sólo cabe en el seno de la fraternidad. Aquí creo que el personalismo tiene como tarea estudiar en profundidad el problema del eclipse de la condición de posibilidad de la fraternidad en nuestro mundo, y esa condición es que exista Dios. No podríamos ser hermanos si no fuésemos todos hijos del mismo Padre. El personalismo ha tenido una sensibilidad de tipo religioso muy profunda, y por ello es tal vez una anticipación de futuro, porque tiene los resortes para poner las condiciones de vida fraterna como hijos de un mismo Padre.

A este respecto, uno de los males de nuestra época —y aquí me sumo al balance que se ha hecho de ella— es la pérdida del horizonte de la trascendencia, de Dios. Normalmente desde la Ilustración hasta hoy esa pérdida de lo trascendente ha estado muy directamente vinculada a la convicción de la plenificación de la mayoría de edad y de la madurez humana gracias al uso autónomo de la razón, pudiendo así prescindir de la tutela religiosa y de Dios. Sin embargo desde mi punto de vista esa pérdida del horizonte trascendente responde sobre todo a una situación de adolescencia, por cuanto es una rebeldía autoafirmante y grandilocuente similar a la que el adolescente experimenta al estrenar su propia libertad y halla en su padre y en la autoridad familiar solamente obstáculo y negación. El hombre moderno maduro sería, por contra, aquel que autónoma y responsablemente es capaz de reconciliarse con su padre, sin echarle encima los propios problemas, pero al mismo tiempo sabe abrir la mano para ser ayudado y sabe dar las gracias a aquel que le ha dado la vida.

Resumiendo: Yo creo que la dimensión religiosa es muy esencial en este horizonte de futuro, y que el personalismo tiene mucho que decir por cuanto que la experiencia religiosa verdadera tiene un fuerte poder de humanización y de personalización siendo, por decirlo de algún modo con Maritain, la experiencia religiosa algo capaz de fomentar un humanismo integral. Dicho sea esto para reforzar la aportación de Emilio, que me parece muy esencial.

## VII. LA DIFICULTAD DE LO CONCRETO EN EL INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

JUAN RAMÓN CALO: En el intento por conseguir que el personalismo comunitario se implante desarrollando una práctica social y política en orden a la encarnación de las ideas creo que sería imprescindible antes una cierta definición o concreción conceptual. Por ejemplo, gente por lo demás quizá competente como Gustavo Bueno escribe un artículo («Qué pasa en el Este». El Independiente, 21/1/1990) donde enfrenta el personalismo socialista y el personalismo humanista (liberal, capitalista), lleno de ambigüedades ideológicas que comienzan por aceptar que una posibilidad del humanismo sea el capitalismo, lo cual es falso. A mi me parece que habría que salir al paso de las mismas para evitar que influyan negativamente.

En este sentido sería menester ir aminorando gracias a la progresiva definición del personalismo una ambigüedad que se instala so capa de admitir un personalismo omnicogedor donde todo cabría, lo que no es verdadero.

Por otra parte creo que la acción práctica no consiste en sembrar simplemente teoría, sino también una manera de hacer, así que aunque sea como grupo pequeño hay que sembrar y fermentar haciendo e incidiendo sociopolíticamente.

Por último creo que la práctica también exigiría la colaboración y confluencia con otros que desde identidades ideológicas diferentes pretenden incidir en lo mismo que el Instituto Mounier.

CHEMA VEGAS: Una manera muy importante de sembrar es la elaboración teórica. Yo creo que existe una tradición personalista, pero esa tradición debe ser continuada mediante el análisis, no basta con remitirse a las fuentes. Y un peligro que puede tener el personalismo es proceder por grandes soflamas ideológicas, por enumeración de posicionamientos no suficientemente elaborados, frente al cual, más que reivindicar el personalismo en la sociedad, habría que mostrar la naturaleza de las cosas, en el espíritu de ir a las cosas mismas.

JUAN RAMÓN CALO: Lo que pasa es que a mí me parece que la posibilidad de ir a las cosas mismas es estar con ellas, no bastando la teoría. Yo diría que sólo se puede hacer teoría desde la práctica, de lo contrario sería algo sin valor vital.

CHEMA VEGAS: Sí, ambas cosas no son excluyentes sino confluyentes, aunque como en todo grupo social también en los ámbitos del personalismo comunitario habrá quien esté más volcado a la reflexión y quien lo esté en mayor grado a la acción.

Asimismo creo que en este caso sería importantísimo hacer experiencias de política local, de concejalías en pueblos, por ejemplo, incluso en partidos ya institucionalizados. Pero que estén arropadas por grupos de personalistas con los cuales puedan revisar su teoría y su praxis. En el ámbito de la economía existen pequeñas experiencias relevantes de cooperativismo, etc., donde hay



que estar. No quisiera que el personalismo se quedara en una nube teórica lloviendo los males del mundo, hay que intentar hacer muchas cosas.

**JUAN RAMÓN CALO:** En todo caso yo no defendería el entrismo de los personalistas en partidos políticos constituidos a costa de tragar sapos y culebras; sí que defendería la confluencia con otros, pero la confluencia desde una cierta identidad que mostrara una manera de hacer determinada, porque de lo contrario se degradaría la idea personalista misma y el valor de futuro del personalismo. Hay que perfilar más la identidad.

**CHEMA VEGAS:** Debe haber un mínimo común denominador, pero ha de ser bastante amplio. En el seno del Instituto existe una discusión al respecto, entre aquellos que pretenden una definición ideológica bastante estricta, incluso en cuestiones bastante puntuales, y otros —y yo entre ellos— que defienden una identidad básica en la cual creo que estamos todos de acuerdo, pero que ha de ser amplia, y que en todo caso se vaya definiendo progresivamente después de un estudio y un debate minucioso, dejando incluso abiertas ciertas posturas si es el caso. Pero eso es algo que debe venir un poco con el tiempo, sine ira et studio diría yo. Porque es que si no me da la impresión de que podrían quedar fuera personas muy válidas que están de acuerdo en lo fundamental. Aunque puede que estas afirmaciones más sean producto de mi propia indefinición...

**JUAN RAMÓN CALO:** Dice Mounier en algún lugar que al principio de la creación de la revista «Esprit» todo se cuestionaba por una simple coma; yo creo que el Instituto ha carecido mucho de esto, y creo que eso es un lastre.

También decía Mounier que el grupo Esprit era ante todo una amistad, pues bien, yo creo que también sería sensato a través de los medios espirituales de la acción incidir en la creación y transformación de vínculos interpersonales. Si tal se diera, desaparecerían ciertas tensiones entre los que buscan una mayor identidad y los que la quieren menor.

En resumen, que ciertos principios relativos al funcionamiento de «Esprit» deberían ser críticamente tomados en cuenta por nosotros mismos, en orden a una mayor exigencia. Yo diría que no nos hemos puesto en el Instituto Mounier a hacer cosas demasiado rápidamente, sino que lentamente tampoco las hemos hecho bien. Nos falta sentirnos más implicados, poner en él más fuerza vital, exigir más rigor también teórico...

**LUIS CAPILLA:** Yo en ese sentido creo que la primera cuestión que debiera plantearse un grupo como este es el de la relación entre sociedad y Estado. La sociedad italiana, por ejemplo, está mucho más vertebrada que la española. Mientras ésta siga invertebrada, los partidos políticos estatales serán necesariamente totalitarios, por mucho que lo sean ilustradamente.

Y además, a tal efecto, quiero añadir que el hacer un análisis serio, el posibilitar a otras personas que tengan un análisis me parece tan importante, que el Instituto debiera decir: «No tengo nada más importante que esto». Es cierto que gracias a Unicef se hace algo en favor de los niños, pero de ese modo tampoco se responde a las causas de tan grave mal, así que además de mostrar soli-

daridad con hechos, siempre muy necesarios y urgentes e incluíbles, hay que hacer un análisis global mostrando las causas del mal. En estos momentos, carecer de una visión política internacional es no afrontar bien los problemas.

Un ejemplo: Antes había pobres, y ahora hay además marginados, que están peor; el pobre estaba integrado en la sociedad, el marginado está excluido. El poder va generando cada vez más mecanismos de marginación, monstruosidad a la que se llega cuando además no se contrarresta críticamente con análisis teóricos serios.

Pero a la vez, este análisis hay que hacerlo viviendo de otro modo: Hay que hacer con la mejor teoría los más serios militantes del personalismo comunitario. Hágase eso. Sin eso, la crítica se aburguesa y el sistema les engulle, lo cual afecta hoy lo mismo a los intelectuales que a los obreros.

**CARLOS DÍAZ:** El personalismo, pues, necesita una seria reflexión teórica y un compromiso de la acción allí donde este tenga lugar, ya en organizaciones pequeñas o, a la larga, en grandes opciones políticas. El teoricismo y el practicismismo son deformaciones similares, de signo contrario. En esto todos estaríamos de acuerdo. También lo estamos en que las ideas personalistas, triunfen o no, benefician a la humanidad. Así las cosas me gustaría preguntaros: ¿Qué autocrítica deberíamos hacer al Instituto Emmanuel Mounier en orden a facilitar una militancia mejor?

**TEÓFILO PÉREZ REY:** Yo creo que la acción debe ir por donde decía Luis, tratando de responder a las necesidades de esta sociedad para vertebrarla. Y además, en todo caso, se debe decidir de antemano si la acción política es de tal o cual signo partidario, con quién se va o con quién no se puede caminar, etc., porque todo eso es algo muy delicado; en organizaciones como la HOAC esto ha llevado bastantes años. No es lo mismo hacer un premovimiento, un movimiento, un partido, y eso hay que definirlo para empezar.

**EMILIO ANDREU:** Intuyo que ser personalista tiene que conllevar el compromiso. A niveles de vida me he preguntado a veces si no cabría empezar conviviendo de algún modo, inaugurando los personalistas una manera nueva de vivir (los primeros cristianos lo tenían todo en común), no para formar ghettos, eso sería un peligro, sino viviendo la diferencia con los demás en el conjunto de unas relaciones vitales y de vida cotidiana mucho más directas. Sería previo a la acción política diferenciada.

**CHEMA VEGAS:** Una práctica personalista tan imbricada es de hecho muy difícil por muchos motivos; está el peligro de la secta, al que le tengo mucho miedo. El Instituto Mounier puede y debe servir como lugar de encuentro, y no es poco.

Creo al respecto que en el Instituto, a pesar de ser pequeño, ha existido desde el principio un exceso de masoquismo, de perfeccionismo, incluso de apresuramiento excesivo, que no es bueno. El Instituto, debe adoptar ese talante sereno y reconciliado de que hablaba yo atrás.

Porque la labor que está realizando es humilde pero seria, aunque falta la dimensión práctica, un mayor compromiso con el propio Instituto por parte

de muchos de sus miembros (muchos gente pone su corazón en otras cosas que también tienen un talante personalista), pero en ese sentido no soy pesimista.

**JOSÉ MANUEL ALONSO:** *Tomémonos, pues, más en serio a nosotros mismos, a nuestras propias realizaciones; nuestras realizaciones pueden parecer modestas o grandes según desde donde se miren. Con poco hemos hecho mucho, estamos pocas personas pero válidas, y tenemos una serie de medios que no aprovechamos porque falta el nivel organizativo adecuado. Estamos teniendo una amistad ni tan profunda como para serlo, ni tan rigurosamente laboral como para evitar el voluntarismo poco riguroso en la práctica de la tarea común.*

## ACONTECIMIENTO

quiere ser

- Vehículo de inquietudes
- Espacio propositivo de formas nuevas para el acontecer de nuestra Historia
- Conjugación de los términos necesarios a un proyecto personal y social a la medida del Hombre

Si compartes nuestra inspiración y empeño, colabora con nosotros difundiendo la revista entre aquellas que como tú y nosotros están en la misma búsqueda.

**NO OLVIDES RENOVAR  
TU SUSCRIPCIÓN PARA 1981**